

DE PAMPLONA A LOURDES A TRAVES DEL PIRINEO

POR JESUS TELLERIA ARMENDARIZ

(FOTOS Y PLANOS DEL AUTOR)

MOTIVO.—Una promesa hecha realidad.

Hace tres años mi situación como estudiante era harto precaria; llevaba varios cursos preparando el ingreso para la E.E. de Ingenieros de Caminos, y convocatoria tras convocatoria, eran para mí un martirio y un fracaso.

Fue en la sobremesa de una comida de hermandad entre estudiantes, cuando surgió la idea de peregrinar a Lourdes si obteníamos el tan anhelado ingreso. Un plan fue esbozado rápidamente por dos o tres amigos que estábamos en idénticas condiciones. Plan absurdo, elaborado al calor de unas copas, pero con detalles curiosísimos como el de alquilar un borrico, que como el de Sancho Panza, «trepase por trechos y vericuetos con sinigual donosura y donaire», llevando nuestras mochilas.

Al año siguiente tenía la satisfacción de aprobar los temidos exámenes y, por lo tanto, la obligación moral de cumplir mi promesa.

Por distintas circunstancias tuve que aplazar la peregrinación hasta este verano, en que además, se celebraba el Centenario de las apariciones de la Santísima Virgen de Lourdes.

Todo el mundo iba a ir a Lourdes, utilizando los más variados medios de locomoción, desde el avión hasta las propias piernas. ¡Qué mejor ocasión para mi proyecto!

PREPARATIVOS.—Confección del itinerario.

Ernesto Torio, amigo entrañable en la montaña, tenía también la intención de realizar esta peregrinación. Fue tarea sencilla preparar un itinerario de montaña al gusto de los dos.

Un móvil básico nos indujo a escoger nuestra futura ruta. Ascender a una cumbre diariamente y pisar el mínimun posible de asfalto.

Ambos conocíamos bien la geografía de Navarra, y él, además, el sector de Canfranc, pero de lo demás, únicamente teníamos planos y descripciones.

Un primer itinerario, más rápido y sencillo, consistía en atravesar el pirineo de Belagoa a Lescun pasando por el Anie, pero tenía el inconveniente de la

PYRENAICA

imposibilidad de visar nuestros pasaportes en los puestos fronterizos; además, nos apartábamos del Pirineo enseguida.

Un día leímos en «Pyreñaica» el trabajo de don Luis Muñozerro sobre los valles de Hecho y Ansó, y en él vimos la posibilidad de poder llegar hasta Candanchú, desde Isaba, pasando por el Ibon de Astanés. (Aprovecho la ocasión para agradecerle desde estas líneas los datos que gentilmente nos facilitó.)

Con esto, ya adquirió cierta consistencia nuestro itinerario, pues de Candanchú pasaríamos a Sallent y al Refugio de Piedrafita, desde donde asaltaríamos el Balaitous y bajaríamos hacia Francia.

Un viaje que hice a Lourdes, en automóvil, por Sallent y Pourtalet, puso ante mis ojos la desafiante mole del Pic du Midi d'Ossau, que hasta entonces, sólo lo había contemplado, muy distante, desde las cumbres roncalesas.

Cuando le hablé a Ernesto de la posibilidad de incluirlo en nuestro itinerario, vi en su rostro una amplia sonrisa de aprobación.

Con ayuda de los mapas del Instituto Geográfico para la parte española y de la Guía Ollivier y el mapa Ledormeur para el Pirineo, confeccionamos el itinerario definitivo del que no habíamos de apartarnos ni un metro.

PRIMERA ETAPA.—Pamplona-Lakidain (892 m.)-Artieda.

Y llegó el día 5 de agosto, fecha escogida para la partida.

Amaneció un día dudoso, con claros presagios de tormenta. Oímos la Santa Misa, y recibimos un artístico banderín, bendecido por nuestro «D. Luis», obsequio del «Oberena» a la Virgen de Lourdes.

A las 10 de la mañana pasábamos por el Seminario para tomar la carretera de Badostain. Nuestra voluminosa mochila, en día de labor, causaba extrañeza a los transeúntes. «¡Qué chalaos!», pensaban. Pronto iniciamos la cuesta de Mendillorri, la primera de la serie, y dijimos «adiós» a la vieja Iruña.

Cuando avistamos el pueblecito de Badostain, donde termina la carretera, empezamos a sentir las primeras gotas de la tormenta. Nuestros pensamientos no podían ser más sombríos. Haber estado proyectando y preparando esta excursión durante tanto tiempo, para que ahora una simple borrasca, nos eche todo por tierra.

Nos refugiamos en la taberna del pueblo, donde los tragos del porrón nos traen el consuelo y la esperanza. Un aldeano muy conocedor del «tempero» nos anuncia «excátetra» que la tormenta durará una hora solamente. Aprovechando unos momentos en que ha parado la lluvia, vamos a visitar una maravillosa iglesia románica, situada a corta distancia del pueblo, que está reconstruyendo la Institución Príncipe de Viana.

Ha transcurrido la hora prevista por nuestro «metereólogo» y el tiempo tiende a mejorar. Sin pensarlo más, reemprendemos la marcha; sin embargo, el calor es agobiante y la mejoría, sólo ilusionaria.

Negros nubarrones vuelven a amenazarnos, y por fin estallan en otra impresionante borrasca. Nos ponemos los impermeables y corremos a refugiarnos en unos corrales próximos. Felizmente el diluvio dura poco, sale nuevamente el sol y aumenta, aún más, el calor. Intentar describir el camino de Badostain a Ilun-

dain es poco menos que imposible. Hay tres o cuatro que pasando por distintas heredades, pueden servir. Lo mejor es consultar con los aldeanos.

Sin mayor contratiempo pasamos junto a Ilundain, cruzamos la carretera de circunvalación del valle de Aranguren y tomamos un camino que se ve claramente que se dirige al portillo situado al S. (a la derecha) de la cumbre de Lakidain. Con la cuesta nuestra fatiga aumenta, agravada por la sed. A las dos de la tarde coronamos este portillo (725 m.), donde dejamos la mochila.

Hace un calor sofocante, estamos cansados, sedientos y algo desanimados. Una idea ronda nuestra mente, seguir de largo sin subir a Lakidain como habíamos proyectado. Sin embargo, nuestro espíritu se rebela. Si ahora nos vence la desgana, ¿qué será cuando tengamos que escalar el Midi?

Sin apenas cambiar palabra, ascendemos lentamente el primero y fuerte repecho de 100 metros de desnivel. Alcanzamos así una especie de meseta, con tierras de labor en cuyo borde N. está la cumbre de Lakidain (892 m.). Depositamos nuestra primera tarjeta de peregrinos con alegría y esperanza. Enseguida bajamos al portillo. Nuevamente la mochila y el camino polvoriento.

Desde aquí podemos bajar a Idcoate o a Lizarraga indistintamente. Ambos caminos son claramente visibles; unos chopos, indicio de que habrá algún regacho, situados junto al camino de Lizarraga, nos sacan de la indecisión. A pesar de ello no podemos aplacar la sed, pues aquél está seco, pero pronto llegamos al pueblo.

El tasquero, muy amable, que poco antes había estado en Lourdes, al enterarse de nuestro propósito, nos colma de atenciones.

Anoto unos capiteles románicos en el sencillo pórtico de la iglesia.

El calor se concentra en el fondo del valle; apetece esperar la puesta del sol. Pero Artieda está todavía muy lejos. Más animados después de la comida, tomamos el camino que desemboca en la carretera de Urroz a Campanas. Recorremos 1 kilómetro de esta carretera en dirección a Urroz. Cogemos el camino que lleva al caserío de Mendinueta. Aquí saciamos la sed en una abundante fuente provista de bomba. Continuamos siempre hacia el E. con dirección a Iriso donde cogemos la carretera del valle de Izagañdca. Pasamos junto a Beroiz y llegamos a la puesta del sol a Turrillas. Aunque el tiempo escasea, se impone un descanso.

Nuestra mochila y nuestro atuendo son tema del cuchicheo local. Por fin la maestra, guapa muchacha, inquiera nuestros propósitos. Cuando reemprendemos la marcha nos despiden los aldeanos, entre incrédulos y divertidos, deseándonos buena suerte.

La puesta de sol ha sido maravillosa; la tengo plasmada en Kodachrome; es uno de los más bellos recuerdos de estos días.

El cielo se torna cada vez más violáceo y la luz disminuye por momentos. El camino que llevamos hacia Grez discurre paralelo al regacho, por el fondo de una estrecha garganta. Cuando salimos al valle de Urraul bajo, cruzamos el regato y ascendemos una empinada cuesta en cuyo alto está el citado pueblo de Grez. Después, ya de noche, tomamos el carretil que une este pueblo con Artieda.

Son más de las nueve de la noche cuando llegamos a la fonda de este pueblo. Pero las penalidades no terminan con la llegada al pueblo, ya que el fondista no puede alojarnos, alegando excusas incomprensibles. Tenemos que recurrir a la hospitalidad de los RR. PP. Agustinos, que nos acogen en su convento.

Nos proporcionan cena, cama y desayuno para el cuerpo y aliento y confian-



za para el alma, cumpliendo así aquella quinta obra de misericordia: «Dad posada el peregrino».

Horario: Salida Pamplona, 10,00; Badostain, 11,00-12,15; Ilundain, 13,45; Portillo, 14,15-14,30; Lakidain, 15,00; Lizarraga, 16,00-17,15; Mendinueta, 18,15; Irioso, 19,00; Turrillas, 19,30-20,00; Grez, 20,45; llegada Artieda, 21,15.

Totales: 41 kilómetros. — 9 horas. — 500 metros desnivel.

SEGUNDA ETAPA.—Artieda-Arburúa-Güesa.

Un religioso nos despertó a las 5,30, como habíamos pedido. Nuevamente atisbamos el cielo, que se nos ofrece medio nublado y con parecidas características que ayer. Tras un parco desayuno, emprendemos la marcha, siendo despedidos amablemente por toda la comunidad.

Queremos aprovechar bien la buena temperatura de la madrugada, caminando a buen paso hacia Sansoain, a donde llegamos a las siete. La gente que andaba ocupada en las faenas de la trilla nos mira recelosamente, pues nuestro atuendo, barba, mochila, la hora tan temprana, y nuestra dirección hacia Francia, no les inspira demasiada confianza.

Al salir del pueblo siento una fuerte indisposición, debido seguramente a haber tomado casi en ayunas pastillas de glucosa, y al rápido paso de este primer trayecto. Hoy tampoco parecen marchar demasiado bien las cosas. Se impone la cordura y tomamos el asunto con calma. Así pues, nos sentamos junto a una fuen-

PYRENAICA

tecilla y preparamos un estupendo desayuno caliente. El café con leche me devuelve el bienestar y el rico chorizo de Pamplona las fuerzas.

Hora y media más tarde reemprendemos la marcha. Hemos cogido en Sansoaín la carretera al valle de Urraul alto y la seguimos hasta poco antes de Imirizaldu, donde hay una bifurcación con otro carretil que sigue a Zabalza. Continuamos por éste y llegamos a dicho pueblo sobre las diez de la mañana.

Es Zabalza un pueblecito típico del Urraul Alto. Sentado en un promontorio (658 m.), domina los barrancos circundantes donde sus esforzados habitantes cultivan la tierra ingrata de esta comarca. Todos los vecinos se encuentran en la era al pie de la trilladora. Apreciamos el muro frontal, único vestigio de lo que debió haber sido una iglesia medieval. Por su apariencia externa se trata de un templo gótico con reminiscencias románicas, como tantos otros, próximos al camino de Santiago.

Aquí descansamos un buen rato, saboreando el vino espeso de la tierra. La buena tasquera siente no poder proporcionarnos pan, pues como se ha retrasado el panadero, escasea en todo el pueblo.

Continuamos por un camino que en dirección NE. asciende a un monte vecino llamado Salvatori (853 m.) Desde esta cumbre divisamos los caseríos de Guindano y hacia ellos nos encaminamos por imprecisos senderos, no sin antes hacer un pequeño descanso, pues el calor es sofocante. Después de cruzar un regacho ascendemos a Guindano, encontrándolo ante nuestra sorpresa, totalmente deshabitado. Es triste contemplar aquellos recios caserones, muchos con escudos de armas, silenciosos, mudos testigos de otros tiempos de esplendor, pero dada la aridez de esta zona, el fruto no compensa el trabajo empleado en conseguirlo, y la gente ha emigrado a lugares más prósperos. Aquí volvemos a coger el carretil que habíamos dejado en Zabalza. Aconsejo emplearlo para este recorrido, pues aunque sea algo más largo, no requiere salvar un desnivel tan grande. Continuamos por tanto por él, paralelos al regato, que discurre por el fondo del barranco de Guindano, hacia Adoain. El paisaje cambia por momentos. Todavía nos rodea la aridez y pobreza de Urraul Alto, pero también empieza a hacer su aparición el bosque. Adoain (757 m.), a donde llegamos al mediodía, es ya un pueblo de transición entre el Urraul y Salazar.

Hambrientos, sedientos y abrasados nos refugiamos en la taberna. Una simpática anciana nos atiende. Pedimos una ensalada; ella no tiene lechugas en casa, pero como en los demás pueblos, al sabernos peregrinos, corre a buscarlas al huerto, ¡benditas aldeas navarras donde la palabra fe aún tiene un significado! ¡Qué diferentes habríamos de encontrar otras poblaciones!

Sin embargo un viejo socarrón, no cree en nuestras palabras: «Vosotros, nos dice, vais a hacer alguna labor o entretenimiento en el monte. Eso de Lourdes, está mucho lejos y amás en Francia.» Espero que la postal que le enviamos desde Lourdes le haya sacado de su escepticismo.

Son las cuatro de la tarde cuando iniciamos la ascensión al bortillo de las Ateas que une el barranco de Sarrate, *prolongación, en dirección E. del de Guindano*, que hemos recorrido, con el barranco de las Ateas. Existe un camino que trepa por la ladera derecha (izquierda nuestra) del mencionado barranco de Sarrate.

Al trasponer el portillo (1.000 m.) penetramos en un mundo nuevo. El reino

PYRENAICA

del bosque. Dejamos atrás el Urraul desnudo y seco, como una mala pesadilla que deseamos olvidar, y nos sumergimos en el alegre y animado Salazar. Por todas partes verdor y frescura, trinos de pájaros y animación. En el horizonte las primeras cumbres del Pirineo nos saludan con una sonrisa compasiva ante la modesta altitud de las cimas que vamos pisando.

La temperatura es ideal, pues una suave y fresca brisa sopla de un valle a otro. ¡Qué bien se está aquí!, es nuestro comentario unánime, pero es preciso bajar. Lo hacemos por un ancho camino que tuerce hacia el N., atravesando en su descenso parajes de gran belleza. Poco después llegamos a Izal (711 m.), pueblecito escondido entre montañas, de recio sabor salacenco. Enfrente de nosotros. la ermita de Ntra. Sra. de Arburúa, posada como una blanca paloma, en la cumbre del monte, nos invita a visitarla. Para ello continuamos por la carretera de Gallués unos quinientos metros y subimos por la ladera izquierda del barranco hasta el portillo de Aracequi (820 m.), donde dejamos la mochila. Trepamos por el bosque hasta encontrar el verdadero camino de la ermita; poco después salvamos el último espolón recoso sobre el cual está construida la ermita (1.000 m.) y gracias a unos amigos que allí encontramos, podemos visitar el interior de la misma. Creo recordar posee un hermoso retablo barroco.

Dejamos la tarjeta en la pila del agua bendita y reemprendemos el descenso al portillo, no sin antes despedirnos del Pirineo, brillante y majestuoso a la luz del poniente.

Del portillo bajamos a Güesa (657 m.) por un amplio camino, a donde llegamos a última hora de la tarde.

Aquí tenemos más suerte que en Artieda, y pronto estamos instalados en la fonda; después de un rápido baño en el río, cenamos y pronto el sueño reparador pone fin a la jornada.

Horario: Salida Artieda, 6,15; Sansoain, 7,00-8,30; Zabalza, 10,15-11-15; Descanso, 12,00-12,30; Guindano, 13,00; Adoain, 14,00-16,00; Portillo Ateas, 17,00; Izal, 17,30; Arburúa, 19,00; llegada Güesa, 19,30. Total: 36 kilómetros, 8 horas, 1.000 metros desnivel.

TERCERA ETAPA.—Güesa-Santa Bárbara (1.578 m.)-Isaba.

Hoy también nos levantamos temprano aunque la etapa no es muy larga. Sonaban en el reloj parroquial las siete y media de una mañana deliciosa cuando salimos por la carretera, hacia el pueblecito de Igal (694 m.) Se encuentra esta aldea en el centro del valle de su nombre, fresco y jugoso como todos los del Salazar. Sus emprendedores habitantes han canalizado el regato, consiguiendo unos regadíos muy fructíferos. Estas huertas y la madera son las principales fuentes de riqueza de este vallecito encantador. Al pasar por el pueblo visitamos la ermita de San Pedro y continuamos por la carretera de Vidángoz hasta una borda de leñadores, donde encontramos un transportista amigo, que nos invitó a desayunar con los leñadores.

Pasamos casi una hora con ellos los cuales, al despedirnos, nos señalaron un camino que evita las curvas del puerto de Vidángoz, pero como nosotros no necesitamos ir a ese pueblo, sino solamente pasar el barranco de su nombre, dejamos la carretera al final del valle donde ésta tuerce en ángulo recto hacia la derecha,

PYRENAICA

y seguimos por el fondo del barranco, ascendiendo después, por su ladera izquierda. No seguimos camino alguno, y el bosque espeso en algunos lugares, nos dificulta la marcha. Sin embargo, casi sin darnos cuenta alcanzamos el collado (900 metros), al pie de la peña de Asagarbia. Este collado es paso de la Cañada Real del Roncal; por aquí llevan los pastores roncaleses, en otoño, sus rebaños hacia tierras más calientes, desde Belagoa y Uztárroz hasta la Bardena, y al contrario en la primavera. Sin ninguna dificultad bajamos directamente al fondo del barranco de Vidángoz (800 m.)

Nos encontramos ya en el Valle del Roncal. El paisaje fresco y boscoso del Salazar se acentúa, anunciando la proximidad de la alta montaña.

Tomamos un amplio camino que conduce a Uztárroz remontando este larguísimo barranco. Al principio transcurre por la margen derecha y al aire libre, pero después cruza el regato y como el bosque desciende al fondo mismo del barranco avanzamos por un túnel de verdor. Además ascendemos algunos repechos cuyo desnivel salva el regato en una sucesión de luminosas cascadas. Se suceden los rincones encantadores que invitan al descanso o a la zambullida. Optamos por ambas cosas, en medio de un ambiente delicioso, bajo un techo vegetal, que impide el paso del calor.

El camino continúa con las mismas características, aunque luego empieza a difuminarse en pequeños senderos que cruzan de un lado a otro el regato. Pasamos junto a dos presas de tierra, semiderruidas. Ignoro cuál sería su objeto, pues no se ven canales, ni molinos, ni ningún otro aprovechamiento hidráulico.

El mapa del Instituto Geográfico señala que el curso superior del barranco de Vidángoz lleva una orientación característica W.-E., y que en la mitad de la curva, que hace dicho curso superior para tomar la dirección N.-S., principal del barranco, el camino de Uztárroz asciende perpendicularmente la ladera izquierda, pasa por un collado (1.330 m.) y baja derecho al pueblo. Nuestro itinerario previsto, que es el aconsejable, llega a dicho collado y después por la divisoria (dirección SE.) pasa al collado de Cabezo de Basangada (1.330 m.), donde pensábamos dejar la mochila para ascender libremente a Santa Bárbara, y luego descender a Isaba.

Sin embargo, la espesura del bosque que impedía toda visibilidad, la falta de control horario preciso y la engañosa dirección NW-SE que toma el fondo del barranco, nos indujo a creer que habíamos llegado al punto preciso para ascender por la ladera izquierda (nuestra derecha), cuando solamente estábamos a la altura de la cumbre de Santa Bárbara. Al salir del bosque comprobamos nuestro error, que no tuvo más consecuencias que arrastrar la pesada mochila hasta la misma cumbre de Santa Bárbara (1.578 m.)

Todo el Pirineo occidental está ahora al alcance de nuestra mano. La diafanidad de la atmósfera permitía apreciar, aún las cumbres más lejanas en todos sus detalles. El airoso pico de Orhy, por ejemplo, ofrece desde aquí la más esbelta silueta. La Mesa de los Tres Reyes, Anie, Petretxema, Ezkaurre, Bisaurin y Collarada, por citar sólo los principales montes, aparecen con gran nitidez.

Con gran pena, abandonamos la cumbre, bajando por los hierbines de la divisoria hacia (N.) el collado de Cabezo de Basangada, donde cogemos una senda que, después de rodear el incipiente barranco de Santa Bárbara, toma la dirección E., internándose en un bosque poco denso. Pasamos junto a una borda ya só-

PYRENAICA

lo a 1.200 m. de altura, y, a partir de entonces, el camino se subdivide en mil senderos, todos los cuales bajan la empinadísima ladera zig-zagueando hasta llegar al puente de la carretera, a la entrada de Isaba (838 m.) Este último trozo es sumamente incómodo.

Rápidamente, localizamos nuestra segunda mochila, enviada por autobús, y, atendidos gentilmente por una amiga nuestra, que nos invita a comer en su casa, reparamos nuestras quebrantadas fuerzas. Después nos instalamos en la fonda y, a hora todavía temprano, nos vamos a dormir.

Horario: Salida Güesa, 7,30; Igal, 8,00; borda leñadores, 8,30-9,30; collado Asagarbía, 10,00-10,15; barranco Vidángoz, 10,30; Zambullida y almuerzo, 11,00-12,00; separación del barranco, 13,00; Santa Bárbara, 14,00-14,15; Isaba, 16,00. Total: 25 kilómetros, 6 horas, 1.100 metros desnivel.

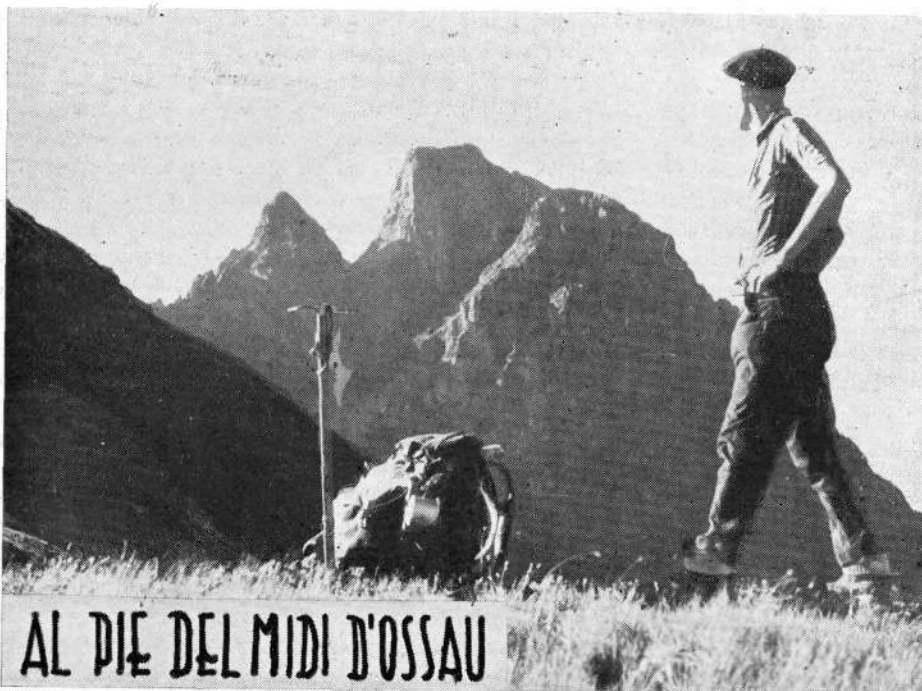
CUARTA ETAPA.—Isaba-Txipeta (2.175 m.)-Txabola Carabineros.

Todo aquel que haya presenciado desde Isaba un amanecer en verano, sobre todo en sus etapas iniciales, conservará del espectáculo, un recuerdo imborrable.

Cuando nos despertamos aún brillaban las estrellas en un cielo oscuro, como perlas en el manto de una Dolorosa.

Al poco desayunamos y emprendimos la marcha, remontando el regato de Be-labarce por un camino que parte al SE. del pueblo.

El cielo se ha teñido de morado y las estrellas se apagan una a una. Nuevos



PYRENAICA

colores se suceden fugazmente, primero granate, después bermellón, por fin naranja y amarillo. La peña de Ardibiguinea, es la primera en encenderse, inflamada por los rayos del sol. Todo va cobrando vida; el silencio, ostensible hasta entonces, es roto por un clamor de gorgeos y murmullos. Es un nuevo día que nos da el Señor.

Abstraídos en estas contemplaciones, atravesamos los sombríos barrancos que separan las peñas de Belasaisa y San Zolo de la mole de Ezkaurre. Al salir de ellos quedamos cegados por la luz que inunda el valle de Belabarce. Esmaltan su suelo mullidos prados color verde amarillento, que contrastan fuertemente con el verde oscuro del bosque que tapiza sus laderas, y con el cielo azul brillante y luminoso del cielo, sin una nube.

Cogemos la carretera a la altura de la borda de Valentín, la cual recorreremos hasta su terminación en las últimas bordas del valle. (Esta carretera arranca de la de Isaba a Belagua y está proyectada para llegar a Zuriza.) En este punto cruzamos el valle y nos internamos en el bosque, ascendiendo por la ladera derecha (izquierda del valle) en dirección SE. Existe un sendero que nos lleva sin dificultad hasta el collado de Avizondo (1.300 m.) encima justamente de Zuriza.

Un nuevo mundo se presenta ante nuestros ojos: el reino de la «alta montaña».

Dejamos atrás el Roncal y con ello a Navarra y entramos en el valle de Ansó. Un imponente cresterío, verdadera muralla caliza, enmarca por el sur, el apacible barranco de Alano, que se prolonga hacia el Norte y hacia el Este en una sucesión ininterrumpida de prados y bosques. Vamos a recorrerlo en toda su longitud.

El descenso a Zuriza es un agradable paseo de diez minutos. Pasamos sin detenernos junto a las casetas de carabineros y de «Iberduero», nos acercamos al río para darnos el consabido remoión y preparar el almuerzo. Desaprovechamos (aunque justificadamente, pues venimos sin parar desde Isaba) la temperatura fresca aún en estas horas, y cuando reemprendemos la marcha, el sol nos castiga con sus dardos de fuego. Además, desde hoy, llevamos cada una nuestra mochila, cargada, hasta los topes, con provisiones para varios días.

La primera parte del recorrido de este valle es casi horizontal, y frecuentemente a la sombra. De esta manera continuamos casi una hora, en que llegamos al refugio de Tacheras, pequeño cobertizo útil para guarecerse en caso de necesidad. Enfrente de nosotros alza su mole el colosal monolito de Alano, y en su ladera oriental, abierto como una grieta en el cresterío, el portillo de Pedriza. Hasta éste asciende un camino, acompañado de un torrente de frescas aguas, que constituye la única vía de acceso al macizo de Peña Forca, desde este lado.

Aquí, el barranco de Alano se subdivide en otros tres: a nuestra izquierda el de Petraficha y a nuestra derecha los de Txipeta y Mazandú. El camino que seguimos remonta el primero y nosotros, cada vez más acalorados, vamos ascendiendo poco a poco por él. Las paradas y las duchas (por fortuna el agua nos acompaña constantemente) son continuas, y marca nuestro reloj las tres de la tarde cuando alcanzamos el collado de Petraficha (1.916 m.) Con verdadero furor nos despojamos de las mochilas, y mordisqueamos unas pasas secas. La verdad es que las pastillas de glucosa y el cansancio nos han quitado el apetito. Después ascendemos lentamente hasta la cumbre próxima a Txipeta (2.175 m.), que constituye un espléndido mirador.

PYRENAICA

Una vez más cambia el paisaje. El barranco del Aragón Subordan (Valle de Hecho), que se extiende a nuestros pies, si bien topográficamente tiene cierta semejanza con el anterior de Alano, geológicamente pertenece a una edad muchísimo más antigua. El valle de Alano (las laderas) como su gemelo el de Belabarce, son terrenos claramente cretáceos, probablemente del Senonense, dada la blancura de sus calizas. En cambio el barranco del Subordan constituye una muestra del Permo-Bunter (tierras rojas) y del carbonífero. Merece citarse el «contacto» clarísimo del Senonense y el Bunter, visible en el mismo portillo de Petraficha, donde las calizas blancas del primero descansan sobre los conglomerados y areniscas rojas del segundo. También se aprecia claramente este «contacto» en el Castillo de Atxer.

Además de estas curiosidades más o menos científicas, se divisa claramente desde Txipeta todo el Pirineo Central, destacando la airosa mole del Midi d'Ossau. Hoy, por primera vez en nuestra peregrinación, lo contemplamos; en los días sucesivos lo veremos cada vez más de cerca, atrayéndonos, como un imán, hacia sus escarpadas paredes. También se aprecian al Norte las cumbres roncalesas del Anie, Mesa de los Tres Reyes, Petretxema con sus monolitos, y Atxerito.

Descendemos al collado, nos ponemos las mochilas y empezamos a bajar rápidamente los ochocientos metros de desnivel que tantos sudores nos habían costado subir. El camino describe una serie de amplios zig-zags y por fin se pierde entre los hierbines, ya a poca altura. A nuestra espalda queda el increíble acantilado de Txipeta de varios centenares de metros en vertical. Y pensar que una hora antes estábamos en su cima... Pronto llegamos a las proximidades de la Mina, donde preparamos una comida pantagruélica.

El tiempo ha pasado sin darnos cuenta y son las ocho de la tarde, cuando pasamos junto a las casetas de la Mina (1.230 m.), pequeño núcleo formado por un cuartel de la Guardia Civil, unos barracones de soldados y una borda de pastores, que sirve de refugio para los montañeros.

La etapa del día siguiente hasta Canfranc iba a desarrollarse por terreno totalmente desconocido; por esta razón, queríamos aprovechar la hora de luz que aún nos quedaba, para ir a dormir a una hipotética borda de pastores, situada, según nos indicaron, a tres cuartos de hora de allí, y ganar tiempo de esta manera.

Reemprendimos la marcha por unos senderos paralelos al Aragón Subordan, remontando longitudinalmente este barranco. Transcurrió la hora prevista y se hizo de noche sin que apareciese la ansiada txabola. Encendimos la linterna y empezamos a dar voces para que los hipotéticos pastores salieran a buscarnos, pues ya no veíamos absolutamente nada fuera del haz luminoso de la linterna. De repente mi compañero Ernesto, que iba algo separado de mí para cubrir más terreno, me grita: ¡Jesús, ven! ¡Están aquí! Echo yo a correr en su busca, cuando oigo el clásico ruido del cargador de un mosquetón y las órdenes de ¡Alto! ¡Quién vive! ¡Cuerpo a tierra! ¡Apague la luz! Durante unos segundos me quedo perplejo; pero cuando veo surgir de la oscuridad el cañón de un fusil, apuntándome amenazadoramente, me apresuro a cumplir las órdenes. En esto oigo claramente que lo que me dice Ernesto es: «¡La Guardia Civil!», y no «¡Está aquí!»

El mosquetón no deja de apuntarme, y aunque le digo al carabinero que somos excursionistas, él sólo me contesta que no me mueva. Por fin llega el cabo con-



duciendo a Ernesto «manos arriba», y me permiten levantarme. —¡Documentación!, nos exigen; les enseñamos nuestros pasaportes y documentos de identidad. Una vez comprobadas nuestras personalidades, les explicamos nuestra búsqueda infructuosa de una borda de pastores y nos dicen que por ahí, no hay ninguna, pero que podemos ir a dormir con ellos.

Aceptamos encantados su invitación, y nos conducen, durante más de media hora, a través de la oscuridad, sin sendero alguno, hasta su txabola. Los resbalones y caídas van dando paso, poco a poco, a la cordialidad. Cuando entramos a su choza, ya somos todos amigos, preparamos café para todos y apuramos el último botellín de coñac. Se desatan las lenguas y averiguamos que los carabineros son dos jóvenes (24 y 26 años), que hace poco tiempo están incorporados a este destacamento, y nuestro encuentro fue su primer bautismo de sorpresas. Creían ellos que seríamos algunos maleantes o pescadores furtivos.

En unas tablas con espacio insuficiente para dos personas, nos tumbamos cuatro. No dormimos nadie, pero ellos, al creernos dormidos, se desahogaron en una serie de jugosos comentarios sobre la «faena» que les habíamos hecho.

Horario: Salida Isaba, 6,45; Zuriza, 9,45-11,00; refugio Tacheras, 11,45-12,15; collado Petraficha, 15,00-16,00; Txipeta, 16,30-17,00; cena, 17,45-19,45; txabola carabineros, 10,30. Total: 47 kilómetros, 11 horas, 1.500 metros desnivel.

QUINTA ETAPA.—Txabola-Capretas (1.929 m.)-Canfranc.

Nos levantamos a las cinco sin haber pegado ojo. Al ascernos al exterior de la choza comprobamos confusamente, pues era casi de noche todavía, que es-

PYRENAICA

tamos a unos 100 m. por encima del río, en la ladera izquierda del barranco. Preparamos el desayuno para los cuatro, y aunque los carabineros se desviven por atendernos, poco pueden hacer dada la penuria de medios con que cuentan. Nos encargan que les enviemos unas medallitas de la Virgen de Lourdes, y cuando emprendemos la marcha nos acompañan un buen trozo. Caminamos con dificultad a media ladera, con objeto de no perder altura, hacia el collado de Aguas Tuertas (o Muertas) (1.600 m.) El camino verdadero que llevábamos hasta la aparición de los carabineros discurre por el fondo del barranco y asciende a este collado en rápidos zig-zags.

El barranco, que hasta ahora era de tipo torrencial (sección en V), se transforma en uno clásico del tipo glaciar (sección en U), y el pequeño puerto de Aguas Tuertas, no es más que la ascensión a la morrera final de un glaciar, cuyo circo lo formaban las crestas de Bernere al S., las estribaciones de Marcanton al W. y la cresta de Acue al E.

Recorremos esta gran planicie cenagosa que constituye el fondo del circo, por su borde occidental, aunque creo es mejor el opuesto. Entre Acue y Bernere existe una amplia abertura del circo señalado, que constituye el collado de Escalé (1.675 m.) que es el paso más rápido para bajar a Urdos (Francia).

Si lo que se pretende es pasar a Candanchú directamente, lo más cómodo es bajar por dicho puerto a la carretera internacional (unos 400 m. de desnivel) y después seguir por ella a Somport.

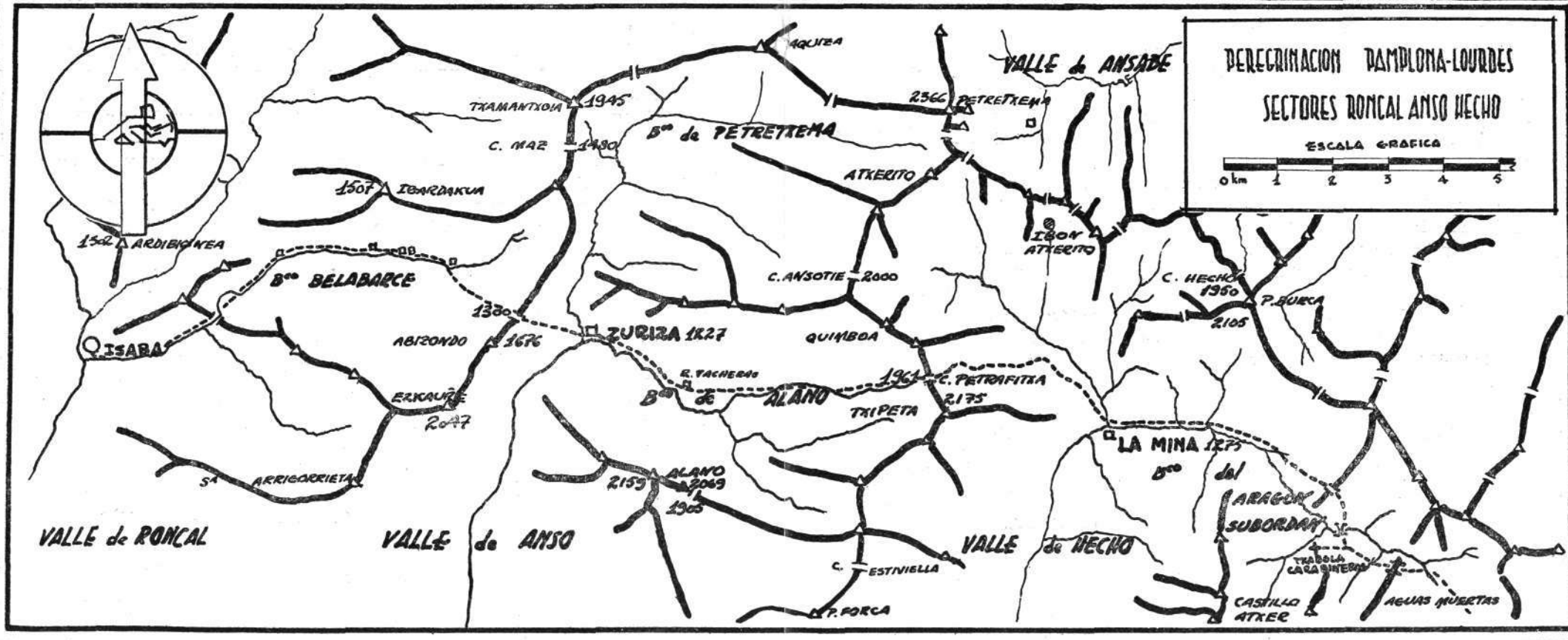
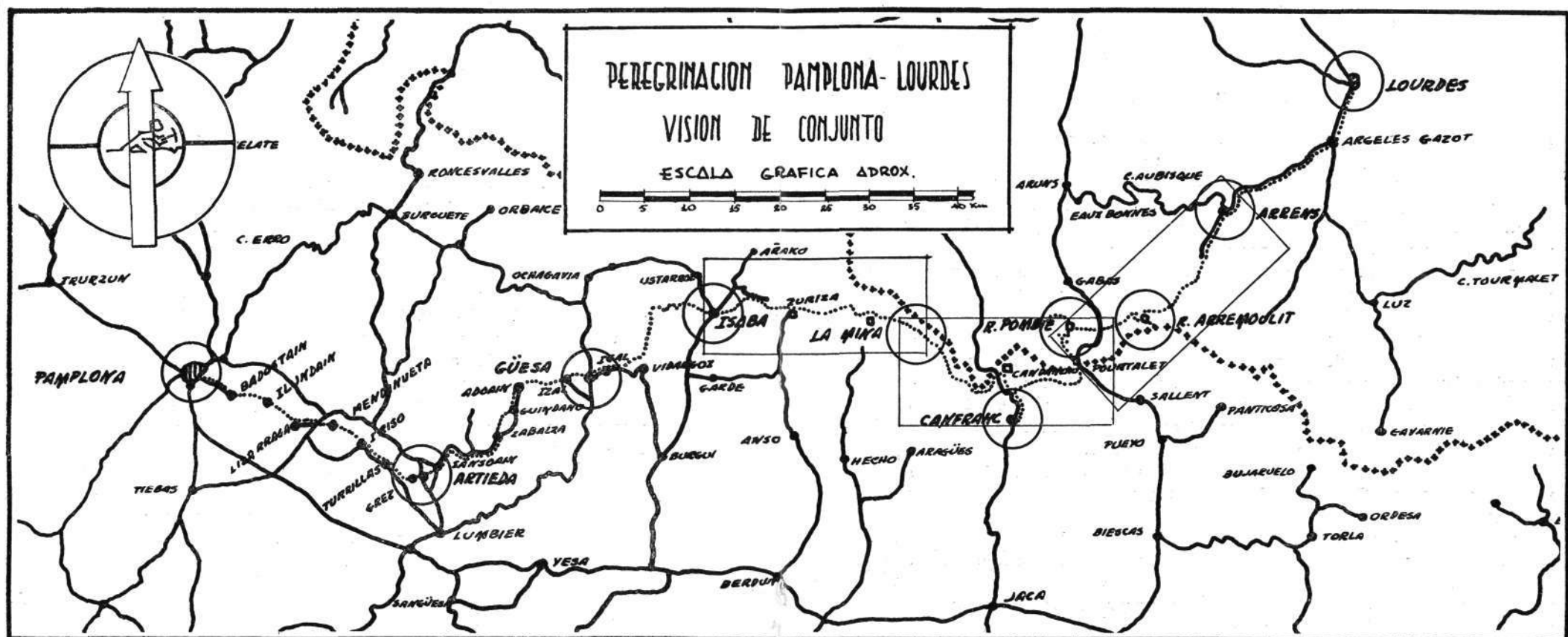
Sin embargo, la belleza del Ibon de Astanés, justifica una visita a este maravilloso lago. Por eso nosotros seguimos en la misma dirección SE. y ascendimos a una masa rocosa, situada al sur del mencionado collado de Escalé, que es el monte Capretas (1.929 m.) Los que quieran pasar de Aguas Tuertas a Astanés sin subir a Capretas pueden rodear este monte por el Norte (lado correspondiente a Escalé), o siguiendo por un camino que lo rodea por el sur, ascendiendo considerablemente (1.880 m.) a un portillo situado entre Capretas y otra cota algo más alta (1947 m.), situada más al sur, que empalma con Bernere.

Desde la cumbre el paisaje no puede ser más sugestivo. A nuestros pies, brillante como un záfiro, el Ibon de Astanés, rodeado de prados y rocas que le forman un digno engaste. A lo lejos nuevamente el Pirineo Central, con el Midi recortado al contraluz mostrando una imponente silueta, únicamente comparable a la del Naranjo de Bulnes. Este ha sido nuestro segundo encuentro con él; nos sigue desafiando burlescamente; nuestra sangre montañera se agolpa en las venas clamando por atacarle. ¿Le venceremos o nos vencerá? «That is the question».

Depositamos la quinta tarjeta de nuestro recorrido y emprendemos el descenso hacia (S.) el collado citado anteriormente y por el camino, salvamos el desnivel que nos separa del Ibon. Sin embargo lo abandonamos después, ya que continúa en dirección W-E. alejándose del lago. Ignoro a dónde conduce.

Ya en el Ibon (1.800 m.) se impone un sabroso baño en sus paradójicamente templadas aguas. Esto es debido, creo yo, a la gran superficie del mismo (1 km.2) y a la escasa alimentación de agua fría, en esa época, lo cual permite que el sol caldee abundantemente sus aguas. Suben con frecuencia aficionados franceses a la pesca de truchas, y también excursionistas con tiendas de campaña, a pasar varios días. Con buen tiempo es un lugar ideal para el camping.

Después de un suculento almuerzo, reemprendemos la marcha, a la búsqueda



PYRENAICA

da de los carabineros, para que nos indiquen el mejor camino a Candanchú. Ellos, amablemente, nos conducen por un sendero que parte de la orilla oriental del Ibon y tras de pasar una larguísima cuesta, empieza a bajar fuertemente (E.) hacia la carretera internacional. Sin embargo, cuando llegamos a la muja de fronteras, nos aconsejan que rodeemos el circo de Aspe por su parte inferior, para que de esta manera no entremos en territorio francés. Nos doran la píldora diciendo que es un camino muy cómodo, y que de esta manera perdemos poca altura (lo cual es cierto). Nos tragamos la píldora y continuamos sin perder demasiada altura (1.600 m.) hacia el Sur. Después entramos en un bosque muy incómodo, y por casualidad encontramos el referido sendero, que de vez en cuando está jalonado de cairns. Sin embargo el seguirlo requiere dotes de «rastreador Sioux» y si no se consigue hacerlo, está uno perdido en aquel intrincado terreno. Al fin salimos del bosque ante un torrente, desagüe del circo de Aspe, y una empinadísima cascajera que tenemos que atravesar a media altura (1.150 m.). Decidimos descansar un rato junto al torrente, pues el calor en aquel horno es insoportable.

Lo mejor para pasar a Candanchú desde Astanés, es bajar a la carretera internacional y seguirla hasta Somport.

La travesía de esta cascajera estuvo a punto de costarme la vida, pues hay una parte donde el cascajo superficial, relativamente firme se ha corrido debido a su gran inclinación, y ha quedado al descubierto otra capa más fina de arena y tierra sin ninguna consistencia y todavía más inclinada. Ernesto opta por pasar por arriba la zona peligrosa y cuando nos reunimos aparece escoltado por tres jóvenes francesas, que, en paños «muy menores», regresaban del circo de Aspe. Continuamos todos juntos un rato, por una senda que discurre al pie (1.500 m.) de un gran paredón que constituye el borde oriental de lo que hemos llamado circo inferior de Aspe y que venimos rodeando. Después, ellas se dirigen al fondo del barranco y nosotros torcemos hacia el este, empezando a ascender al collado de Causia (1.700 m.) donde se encuentra la llamada «Ciudad de Piedra», por existir un conjunto de rocas blancas que parecen casas desde lejos.

Nuevo encuentro con la Guardia Civil, y en un suave paseo descendemos a los hoteles de Candanchú (1.600 m.). Después enfilamos la carretera bajo un sol de castigo, preludio de tormenta, llegando por fin a Canfranc (1.200 m.) a primera hora de la tarde. Después de muchos pasos conseguimos instalarnos en un hotelito, cuando las primeras gotas de la borrasca humedecían las calles. Nos tumbamos sobre la cama quedándonos instantáneamente dormidos hasta la hora de la cena.

Horario: Salida Txabola Carabineros, 6,00; Collado Aguas Tuertas, 6,30; descanso en Escadés, 7,30-8,15; Capretas, 9,00-9,30; Ibon Astanés, 10,00-11,30; Torrente Aspe, 12,30-13,30; Candanchú, 15,00; Canfranc, 16,30.

Total: 30 kilómetros. — 7 horas. — 800 metros desnivel.

Sexta etapa.—CANFRANC-PIC MOUSTARDE (2.124 m.)-REFUGIO POMBIE

Nuevamente amanece con un tiempo espléndido. Cumplimos el precepto dominical, asistiendo a la primera misa, que es a las ocho y dura una hora exacta.

(Continuará).

ESCALANDO CON LOS RUSOS

POR RALPH JONES, MIEMBRO DE LA EXPEDICIÓN BRITÁNICA AL CÁUCASO EN 1958, BAJO LA DIRECCIÓN DE SIR JOHN HUNT. TRADUCIDO DEL NÚMERO DE JUNIO DE LA REVISTA INGLESA «THE GEOGRAPHICAL MAGAZINE», POR JOSÉ IGNACIO GALLEGÓ

Al atardecer alcanzamos el Campo Spartak. Uno de los campos que los rusos emplean para adiestrar a los montañeros. La gente se agolpó alrededor del camión, y llevó los equipajes a nuestros alojamientos. Nos dimos la mano con todo el mundo. No hubo duda acerca de la cordialidad del recibimiento.

Había sido una intensa semana. Fuimos en coche desde Inglaterra vía Bruselas y Varsovia hasta la frontera rusa, luego por tren hasta Moscú; después de dos días allí habíamos volado a Mineralniye Vody, y finalmente conducidos en camión hacia el valle Baksan al Campo Spartak en Adylsu.

Charles Evans a su vuelta de Rusia algunos meses antes, nos había dicho: «Ustedes serán tratados como atletas en entrenamiento mientras estén en el campo: por la mañana temprano ejercicios gimnásticos; nada de tabaco, ni de bebidas ni de trasnocheos.» La mañana después de nuestra llegada, a las siete de la mañana, con los altavoces tocando a diana, sus profecías parecían estar tornándose en horribles realidades.

Me arrastré fuera de la cama y quedé parpadeando en la brillante luz de la mañana. Grupos de montañeros estaban moviéndose por todas partes. Gimnasia, baloncesto, ejercicios de desentumecimiento y grandes cantidades de calorías estaban siendo gastadas, esto es, excepto para nuestro grupo. Ninguno de nosotros estaba en esos grupos. Sin embargo, más tarde, uno o dos de los nuestros fueron a una piscina, alimentada con agua de glaciación.

Después de los ejercicios matutinos, la gente se lavaba e iban luego a desayunar. Después del desayuno, a las ocho, los diversos grupos se dividían para varias actividades del día.

Los novatos tenían más extensos ejercicios de endurecimiento e instrucción en técnicas básicas, tales como el manejo de la cuerda y escalada en roca.

Otros se preparaban para salir a alguna excursión o se reorganizaban a su vuelta. De vez en cuando grupos procedentes de otros campos se unían a las expediciones. Había una constante actividad todo el tiempo.

La comida era a las tres y después de ésta, se seguía el mismo procedimiento que a la mañana, hasta las seis. Entonces la gente retornaba de sus excursiones o escaladas, acababa la preparación o reparación de sus equipos, y tenía una exhibición. La cena era a las ocho, y las luces se apagaban a las diez y media. Algunas veces, de nueve a diez de la noche había baile, pero esto no ocurría cada noche.